

Historia de las misiones dominicas de Baja California (1779-1809)

Transcripción de documentos

Historia de las misiones dominicas de Baja California (1779-1809)

Transcripción de documentos

Ricardo Daniel Manríquez Araiza

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. CARLOS MENDOZA DAVIS
Gobernador del Estado de Baja California Sur

MARÍA CRISTINA GARCÍA CEPEDA
Secretaria de Cultura

PROFR. HÉCTOR JIMÉNEZ MÁRQUEZ
Secretario de Educación de Baja California Sur

DIP. PROFRA. DIANA VON BORSTEL LUNA
Presidenta de la Comisión de Educación del Congreso del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

LIC. LUIS ALBERTO ROCHÍN BÚRQUEZ
Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Primera edición 2017

D.R. © 2017 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607-8478-61-3

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el autor.

Impreso y hecho en México

Introducción

La historia sudcaliforniana es patrimonio cultural de todos los habitantes del estado de Baja California Sur. A través del tiempo, un buen número de investigadores y especialistas en la materia, han abordado, a partir de una paciente búsqueda en archivos documentales y otro tipo de fuentes, una gran variedad de temas que han contribuido al conocimiento del pasado sudcaliforniano.

Como bien se sabe, la historia sobre las misiones de la Baja California Sur ha sido un tema de sumo interés y ha sido estudiada por investigadores reconocidos de aquí, de la región sudcaliforniana, entre ellos se encuentran Ignacio del Río, Rosa Elba Rodríguez Tomp, Pablo L. Martínez, Francisco Altable Fernández, Ignacio Rivas, Luis Alberto Trasviña Moreno y, recientemente, el trabajo de investigación realizado por Elizabeth Acosta Mendía, Leonardo Varela Cabral y María de la Luz Gutiérrez dan una importante aportación a la historia regional sudcaliforniana con la obra *Pinturas rupestres, misiones y oasis de la península de Baja California*, que a través del Archivo Histórico Pablo L. Martínez invitan al lector no sólo de estas regiones sureñas, sino de otros estados de la República mexicana y de otras partes del mundo, a que conozcan más a fondo esta importante contribución histórica de nuestro pasado, nuestras raíces, nuestra cultura, que ha dejado huella en todos los que formamos parte de esta región, y de la cual se destacan datos relevantes sobre las misiones y los trabajos realizados por los misioneros de la península de Baja California.

El presente trabajo se remonta al periodo de las misiones dominicas en la península de Baja California durante el periodo 1779-1809, éste cuenta con información relevante obtenida mediante la paleografía de documentos históricos relativos a esta etapa y que forman parte del acervo documental del Archivo General de la Nación, así como datos obtenidos de importante información bibliográfica y acervo fotográfico del Archivo Histórico Pablo L. Martínez. Son muy pocos los autores que han realizado investigaciones sobre la labor que los misioneros de la orden de Santo Domingo realizaron en esta península y la importante participación que tuvieron al fundar una cadena de misiones de frontera, entre los más destacados contamos con Peveril Meigs III y su obra *La frontera dominica*, y el padre Albert Nieser con *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California 1769-1822*, estos trabajos dan a conocer los orígenes de las misiones establecidas por la orden de Santo Domingo y como desempeñaban su labor y progreso en cada una de ellas. Otros autores que han tomado el tema son Zephyrin Engelhardt y Lucila del Carmen León Velasco; también formaron parte de esta historia misional el soldado Manuel Clemente Rojo y Fray Luis de Sales, este último fue el único de los misioneros dominicos que dejó testimonio escrito sobre los trabajos realizados por su orden en la península.

El contexto histórico

A mediados del siglo XVI la corona de España decidió aplicar en todos sus dominios americanos un sistema de colonización denominado de reducción y congregación, el cual tenía como objetivo fundamental, como su nombre lo dice, congrega a las etnias indígenas para su aculturación religiosa y social, de acuerdo con los principios ideológicos de la cultura de los conquistadores. Para el caso de los pueblos indios norteamericanos (chichimecas o gentiles, como llamaron los españoles a los individuos desconocedores del cristianismo) se trataba de cambiar sus hábitos de vida seminómada por los del sedentarismo, propiciando la formación de pueblos y el desarrollo de las actividades agropecuarias como medios para la evangelización e incorporación de estos grupos humanos a la sociedad colonial.

Esta política fue protagonizada, como administradores de las misiones en lo temporal y en lo espiritual, por miembros del clero regular (franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, principalmente).¹ Para las poblaciones aborígenes del septentrión de la Nueva España, este sistema misional sustituyó a la encomienda, sistema de trabajo incompatible con la realidad de los indios nortños.

Las misiones se caracterizaron por ser instituciones de frontera, es decir, aptas para los espacios marginales de difícil ocupación; e ideales, por lo tanto, para el avance de la conquista y la colonización.² Las misiones, por su carácter de instituciones de avanzada, eran vistas como establecimientos temporales.

Una vez que alcanzaban sus propósitos esenciales (la cristianización e integración social de los indios) debían ser secularizadas, es decir, convertidas en curatos o parroquias, ceder los misioneros su lugar a los párrocos y destinarse hacia nuevos espacios de labor misionera.³ La legislación estipulaba que todas aquellas misiones que hubieran cumplido con su cometido debían pasar a manos del clero secular después de diez años, y sus tierras a manos de la comunidad indígena, si sobraban, a la posesión privada de los colonos civiles.⁴ En la realidad del septentrión novohispano la vida de las misiones se prolongó mucho más allá del plazo legal. En este sentido, el caso de las misiones bajacalifornianas es un muy claro ejemplo de ello.

Podrá decirse que las misiones desempeñaron un doble papel en lo que respecta a sus funciones, ya que, como se dijo, trabajaban tanto para la iglesia como para el Estado. No solo se encargaban de expandir la cristianización en los territorios de gentiles, sino también de abrir paso a la colonización hispana. En lo que respecta a la Baja California, el sistema misional fue el que hizo posible la permanencia de los españoles en dicha península, que había sido objeto de múltiples intentos de conquista y colonización en

1 Ignacio del Río y María Eugenia Altable, *Breve historia de Baja California Sur*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, UABCS, 2000, p. 38, (Breves Historias de los Estados de la República Mexicana).

2 Eugene Bolton Herbert, "La misión como institución de frontera en el septentrión de la Nueva España", en anexo, *Revista de Indias*, 1990, p. 45.

3 Ibid., p. 46.

4 Río, op. cit., p. 39.

los 170 años anteriores al establecimiento del primer pueblo misional en 1697, el de la misión de nuestra señora de Loreto. En efecto, antes de ese acontecimiento, el interés por las perlas y el deseo por descubrir otras riquezas naturales había despertado los afanes de conquista en un número grande de exploradores y aventureros entre 1533 y 1697.

Aparte de esto, existía también un interés geoestratégico: colonizar un puerto en alguna parte de la California, con el fin de proteger y abastecer de víveres a los tripulantes de las naos o galeones de manila que retornaban de su larguísimo viaje desde las islas Filipinas hasta el fondeadero de Acapulco, bajando a lo largo de las costas bajacalifornianas.⁵

Se sabe que en las varias expediciones españolas que hubo estaba el objetivo de penetrar en tierras peninsulares y que, al lado de los conquistadores, participaban religiosos de distintas órdenes (franciscanos, agustinos, carmelitas y jesuitas). Una de estas expediciones importantes realizadas en California, de hecho la última antes de la llegada de los jesuitas, fue la que llevó a cabo, en el año de 1683, el almirante Isidro de Atondo y Antillón.⁶ La expedición fracasó, como las anteriores, por la aridez y el aislamiento de las tierras peninsulares, dando al traste con el intento que se canceló en 1685.⁷ No obstante, ese proyecto dejó una semilla que pronto brotaría: entre los subordinados de Atondo y Antillón venían tres misioneros jesuitas, los padres Eusebio Francisco Kino, Matías Goñi y Juan Bautista Copart, el primero de los cuales sería de enorme trascendencia para la colonización californiana.

Desde la última década del siglo XVI, los regulares de la Compañía de Jesús habían empezado a fundar misiones en el noroeste novohispano, logrando consigo una rápida expansión del sistema misional y colocándolos al paso del tiempo como claros candidatos a la futura ocupación de California.⁸ Sería hacia el año de 1691 cuando el padre Kino, después de la fallida expedición de Atondo y Antillón, tuviera la oportunidad de conocer al también jesuita Juan María de Salvatierra, al cual le propone

5 Martín Barrón Escamilla, *Guía histórica de Baja California*, Ensenada, Baja California, El Sol de Baja, 2da. Edición, 1992, p. 68.

6 Río, *op. cit.*, p. 30.

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*, p. 31.

la idea de ir a evangelizar a los indígenas de la California.⁹ Fue así que Salvatierra, entusiasmado con la idea del padre Kino, se comprometió a realizar diversas gestiones en México con el objetivo de conseguir los permisos correspondientes por parte de los superiores de su orden y del virrey de la Nueva España, mientras que Kino se encargaba de conseguir algunos recursos materiales en la provincia de Sonora.¹⁰ Fue hasta el año de 1696 que el padre Salvatierra obtuvo los permisos necesarios para el proyecto misional de California, aunque estos permisos fueron dados con la condición de que no causaran gasto alguno al real erario, si bien lo misioneros fueron facultados para el gobierno de la península.¹¹ En el año de 1697 el virrey José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, otorgó la autorización oficial a Kino y Salvatierra.¹²

A fines de febrero de 1697, el padre Salvatierra partió de la ciudad de México rumbo a la provincia de Sonora y Sinaloa. Por entonces, le llegó un comunicado reportándole que el padre Kino no podría acompañarlo en su travesía a la península de California, por temor de que en su ausencia pudieran sublevarse los indígenas de la región de Sonora.¹³ Salvatierra tuvo que emprender el proyecto solo, pero pronto hubo un sustituto, el padre Francisco María Piccolo y, poco más tarde, el padre Juan de Ugarte.

Salvatierra se embarcó junto con sus acompañantes (algunos soldados e indios cristianos) rumbo a California. Después de permanecer en el paraje de San Bruno, asiento de la fracasada expedición de 1683, en octubre de 1697 tocaron fondo en la llamada ensenada de San Dionisio, donde desembarcaron y levantaron un campamento provisional, en el mismo suelo en que abría de formarse el primer poblado permanente de españoles en California, el real y misión de Loreto.¹⁴

Loreto constituyó el punto de partida para las expediciones al sur y al norte de la península con el objeto de reconocer parajes idóneos para el

9 Barrón, *op. cit.*, p. 66.

10 Río, *op. cit.*, p. 32.

11 Barrón, *op. cit.*, p. 66.

12 *Ibid.*

13 Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Editorial Porrúa, 1990, p. 91.

14 *Ibid.*, p. 92.

establecimiento y fundación de nuevas misiones.¹⁵ Fue así que los jesuitas lograron fundar una larga cadena de estas instituciones: San Francisco Javier Vigé o Biaudó en 1699, Santa Rosalía de Mulegé en 1705, San Juan Bautista Liguít o Malibat en 1705, San José de Comondú en 1708, la Purísima Concepción Cadegomó en 1720, Nuestra Señora de Guadalupe Guasinapí en 1720, nuestra Señora del Pilar de La Paz en 1720, Nuestra Señora de los Dolores o de la Pasión Chillá en 1721, Santiago de los Coras en 1721, San Ignacio Kadakaamang en 1728, San José del Cabo Añuití en 1730, Santa Rosa de Todos Santos en 1733, San Luis Gonzaga Chiriyáquí en 1737, Santa Gertrudis Magna en 1752, San Francisco de Borja en 1762 y Santa María de los Ángeles Kabujakaamang en 1767.¹⁶

Como bien sabemos, la primer orden misionera que se dio a la tarea de realizar trabajos de evangelización y fundación de misiones a lo largo de la península de Baja California Sur fue la de los Jesuitas, quienes a partir de 1697, con la fundación de la misión de nuestra señora de Loreto Conchó y encabezados por su patriarca el padre Juan María de Salvatierra, lograron establecer 17 misiones. Loreto constituyó el punto de partida para las expediciones al sur y al norte de esta península, con el objeto de reconocer parajes idóneos para el establecimiento y fundación de estas misiones. Además, Loreto fungió como el núcleo del proyecto colonizador jesuita, tanto por ser la base de operaciones de donde partían las expediciones, como por ser el puerto al que llegaban los víveres o bastimentos y cualquier ayuda económica venida del macizo continental.¹⁷ En un principio, la construcción de las misiones peninsulares fue con técnicas muy rudimentarias, ya que las paredes eran de vara trabada y techos de paja. Tuvo que pasar un largo periodo para que las misiones pudieran construirse con muros de piedra y mampostería.¹⁸ Los jesuitas dentro de las misiones peninsulares desempeñaron un papel fundamental en lo que respecta a las actividades económicas, ya que éstos fueron los que introdujeron árboles frutales de todo tipo y cría de ganado, así como

¹⁵ Río, *op. cit.*, p. 39.

¹⁶ Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la colonia*, México, CIESAS, INI, 2002, (Historia de los pueblos indígenas de México), p. 132.

¹⁷ Río, *op. cit.*, p. 41.

¹⁸ *Ibid*, p. 44.

también la siembra de semillas de trigo, maíz, garbanzo.¹⁹ En la práctica lograron obtener un beneficio económico, un cierto crecimiento agrícola en las áridas tierras de la California, así como la aportación y la enseñanza de diversos conocimientos para las tribus indígenas de dicha península.²⁰

No obstante, sus esfuerzos durante setenta años tendrían que llegar a su fin. Su labor en la California les había acarreado constantes envidias por parte de otras órdenes religiosas de aquel tiempo, además de las sospechas de malos manejos y acusaciones diversas de civiles y autoridades, fuera y dentro de la península, en parte por su actitud exclusivista que mostraban en sus acciones.²¹ Se decía que era dueños de grandes riquezas y que tenían un poderío económico en California. Entre otras circunstancias, también se decía que estaban en contra de la política regalista instaurada por los Borbones en España.²² Esto ocasionó que, en el año 1767, el rey Carlos III emitiera un decreto expulsando a los jesuitas de todos sus dominios coloniales de América. En lo que respecta a la península de California, el encargado de expulsar a los jesuitas de todas las misiones peninsulares fue el capitán Gaspar de Portolá, quien llegó a Loreto en diciembre de 1697 en calidad de gobernador.

Puesto que la salida de los misioneros jesuitas de tierras californianas no implicó de inmediato la secularización de las misiones, se tuvo la necesidad de llevar nuevamente clérigos regulares. Los agentes idóneos para tal efecto resultaron ser los franciscanos del colegio de San Fernando de México, por órdenes del virrey Marqués de Croix.²³ De suma importancia es señalar que los franciscanos ya contaban con una larga experiencia como misioneros en el norte de México. Su labor apostólica ya la habían desempeñado tiempo atrás, desde mediados del siglo XVI, en la región Chichimeca de Querétaro y Guanajuato; llegaron a fundar misiones en la provincia de Zacatecas, Nueva Vizcaya (Durango y Chihuahua),

19 Barrón, *op. cit.*, p. 69.

20 *Ibid.*

21 Del Río, "El fin del régimen de excepción en Baja California: la expulsión de los jesuitas", en *Memoria del sexto Simposio de Historia y Antropología Regionales*, México, 1ª. edición, UABCS, 1995, p. 19.

22 *Ibid.*, p. 21.

23 Pablo L. Martínez, *Historia de la Baja California*, La Paz (México), Patronato del Estudiante Sudcaliforniano, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Baja California Sur, primera reimpresión, 1991, p. 259.

Nuevo México, Nuevo Reino de León, Coahuila, Texas y Nuevo Santander (Tamaulipas).²⁴ Los primeros franciscanos llegaron a Loreto el 8 de abril de 1768.

Al entrar a tierras peninsulares, los franciscanos pensaron que les serían entregadas todas las pertenencias de las misiones conforme al inventario levantado por los jesuitas después de su salida, pero por órdenes del virrey de la Nueva España, se les entregó solo lo necesario para el culto, privándoles del mando de los asuntos temporales (ganado, aperos, graneros).²⁵ Sin embargo, dadas las condiciones socioeconómicas de la península, poco después tuvo que ser devuelta la administración temporal de las misiones a la orden,²⁶ fue así que los franciscanos ya no tuvieron la misma capacidad de decisión que habían tenido los jesuitas.

Con la llegada de los religiosos de Santo Domingo a la Nueva España en la primera mitad del siglo XVI, se llevó a efecto la tarea de suspender el sistema de encomiendas, ya que se decía que con éstas se cometían abusos contra la población aborígen y, en su lugar, proceder al establecimiento del sistema misional en varias provincias de la colonia.²⁷ Fue la orden de los dominicos la que ideó la puesta en práctica del sistema misional en la Nueva España hacia el año de 1512, esto con el fin de modificar la situación de los indígenas frente a los conquistadores y con el objetivo de desaparecer el mencionado sistema de encomiendas.²⁸ Al padre Pedro de Córdova se le conoce como el ideólogo de dicho sistema.²⁹

Poco antes de la expulsión de los regulares de la compañía de Jesús de la península de California, los dominicos habían manifestado su interés por ejercer sus labores evangelizadoras en algunas antiguas misiones californianas.³⁰

24 Río, *op. cit.*, p. 71.

25 Martínez, *op. cit.*, p. 261.

26 *Ibid.*

27 Antonio Ponce Aguilar, *De Cueva Pintada la Modernidad: Historia de Baja California Sur*, México, 2da. Edición, capítulo XVI, p. 224.

28 Martínez, *op. cit.*, p. 283.

29 Albert B. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California 1769-1822*, Mexicali, Baja California, UABC, 1998 (colección Baja California: Nuestra Historia), p. 56.

30 Miguel León Portilla, *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*, México, IHH-UNAM, Universidad Autónoma de Baja California, 2000 (serie Historia Novohispana) 310, p. 227.

Fray Juan Pedro de Iriarte, procurador de la orden ante la corte de Madrid, realizaría diversas gestiones para poder conseguir tal efecto, como solicitar al propio monarca que les fueran concedidas, a los dominicos, algunas de las misiones al sur de la península californiana.³¹ Esta solicitud fue presentada el 24 de julio de 1768.³² No fue aprobada por el virrey de la Nueva España, el marqués Francisco de Croix, quien junto con el célebre visitador general José de Gálvez, estimó que, por el momento, la división de California en dos provincias podría acarrear serios problemas en la región.³³

A todo ello se impuso la tenacidad de fray Juan Pedro de Iriarte, quien a pesar de lo expuesto por el virrey de la Nueva España, y ante la oposición presentada por el visitador Gálvez, logró que el monarca atendiera dicha petición.³⁴ El 17 de enero de 1770 el procurador general fray Juan de Dios Córdova recomendó que la petición de Iriarte fuese concedida, ya que la presencia dominica en territorio bajacaliforniano ayudaría a impedir invasiones extranjeras.³⁵ Por esta y otras razones, el 8 de abril de 1770 se elaboró un nuevo decreto real que mandaba que la orden de Santo Domingo se hiciera cargo de algunas de las misiones californianas, ya que parecía excesivo que una sola orden se hiciera cargo de tan extenso territorio poblado por tantos gentiles.³⁶

Inmediatamente, el padre Iriarte se dedicó a la tarea de conseguir voluntarios para tal propósito: de doscientos aspirantes sólo fueron elegidos veintiséis.³⁷ De esta manera, se embarcó Iriarte para navegar hacia la Nueva España, a donde llegó junto con su grupo de misioneros el 19 de agosto de 1771.³⁸ Enterado el virrey (que ahora lo era Antonio María de Bucareli) del acuerdo que traía el padre Iriarte, solicitó de ambas órde-

31 Ponce, *op. cit.*, p. 224.

32 Niese, *op. cit.*, p. 73.

33 León Portilla, *op. cit.*, p. 76.

34 Ibid.

35 Nieser, *op. cit.*, p. 75.

36 León Portilla, *op. cit.*, p. 228.

37 Nieser, *op. cit.*, p. 77.

38 Ponce, *op. cit.*, p. 226.

nes (franciscanos y dominicos) que se reunieran para resolver el reparto equitativo de las misiones californianas.³⁹

Fue así que, el 7 de abril de 1772, ambas órdenes firmaron el llamado Concordato, donde se estipulaba que los dominicos se quedaban con todas las misiones (fundadas y por fundarse) de la Antigua California, mientras que los franciscanos con todas las de la Nueva o Alta California, teniendo como frontera las tierras un poco al sur de la misión de San Diego.⁴⁰ La misión dominica más septentrional se fundaría en las inmediaciones del arroyo de San Juan Bautista y llevaría el nombre de El Descanso.⁴¹ Los primeros dominicos llegaron a Loreto el 14 de octubre de 1772, no pudiendo por el momento tomar posesión de las misiones, ya que su principal promotor, el padre Iriarte, se había quedado atrás.⁴² Iriarte, a pesar de tanto esfuerzo por lograr su objetivo de entrar a California, no tuvo la dicha de ver culminada su gestión, ya que, después de un desastroso naufragio frente a las costas de Mazatlán, desembarcó muy enfermo y murió al poco tiempo. Los últimos dominicos llegaron el 12 de mayo de 1773.⁴³ Fue ese mismo día que se nombró al padre Vicente de Mora como sustituto del padre Iriarte, es decir, como padre presidente de las misiones de la Antigua California.⁴⁴

Así comenzaría la labor de los dominicos en la península de California. El padre Vicente de Mora se propuso la tarea de explorar los territorios al norte de la península, yendo más allá de la misión de San Fernando Velicatá, única fundada por los franciscanos en territorio peninsular, y hasta el momento las más septentrional de las misiones bajacalifornianas. En un paraje conocido en lengua indígena como *Viñadaco*,⁴⁵ el 24 de julio de 1774 fundaron, el padre Mora y fray Francisco Galisteo, la primera misión dominica con el nombre de Nuestra Señora del Santísimo Rosario Viñadaco, la cual, por las crecidas del arroyo que inundaba las tierras

39 Ibid, p. 227.

40 Barrón, *op. cit.*, p. 228.

41 Martínez, *op. cit.*, p. 284.

42 Ibid.

43 León Portilla, *op. cit.*, p. 229.

44 Ponce, *op. cit.*, p. 229.

45 Barrón, *op. cit.*, p. 186.

de labor, tuvo que ser trasladada en 1799 a un sitio cercano al mar.⁴⁶ En su nueva ubicación recibió el nombre de Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Abajo. La segunda misión de los dominicos fue fundada el 30 de agosto de 1775, la cual, en honor al patrón de su orden, recibió el nombre de Santo Domingo, siendo sus fundadores los padres Manuel García y Miguel Hidalgo.⁴⁷ Al igual que la misión del Rosario, no permaneció mucho tiempo en su lugar de origen, se tuvo que mudar arroyo arriba debido a la escasez de agua.⁴⁸

Continuando con su proyecto misional en la península de California, el 27 de agosto de 1780 los dominicos fundaron su tercera misión peninsular: San Vicente Ferrer, en un acto presidido por el mencionado Miguel Hidalgo y su correligionario Joaquín Valero.⁴⁹ Esta misión se destacó por ser la más grande de la frontera (como llamaban a la parte más septentrional de la península), además de ser, como se dice, la primera capital del norte de la Baja California.⁵⁰ Jurisdiccionalmente hablando, en realidad fue la cabecera del Departamento de Frontera de la gobernación de California. El año de 1781 fue para la península una total decadencia, ya que, debido a las enfermedades que asolaron la región, sobre todo la epidemia de viruela que causó un alto índice de mortandad, así como los cambios que hubo dentro del gobierno civil, obstaculizaron de momento los proyectos de expansión hacia el norte para los dominicos.⁵¹ El proyecto misional dominico consistía en establecer poblados que pudieran abrir la comunicación entre las californias y el macizo continental a través del desierto de Yuma, en las inmediaciones de la desembocadura del río Colorado.⁵²

Entre otras actividades misionales realizadas por los dominicos (como antes los jesuitas, al igual que los franciscanos), aparte de las instrucción religiosa, desempeñaban actividades económicas como la cría de ganado y

46 Martínez, *op. cit.*, p. 294.

47 Nieser, *op. cit.*, p. 120.

48 León Portilla, *op. cit.*, p. 232.

49 Peveril Meigs, *La Frontera Misional Dominica en Baja California*, México, UANBC, SEP 1994, p. 69.

50 León Portilla, *op. cit.*, p. 234.

51 *Ibid.*

52 *Ibid.*, p. 236.

la agricultura. Sus esfuerzos se dirigían principalmente, y hasta donde fuera posible, a lograr la autosuficiencia económica de sus centros misionales.

La cuarta misión dominica habría de fundarse el 28 de marzo de 1787, la cual fue bautizada con el nombre de San Miguel Arcángel, inaugurada por el padre fray Luis de Sales, cerca del paraje conocido como el Encino.⁵³ Los problemas en este establecimiento, como era común a otras misiones, se suscitaron cuando comenzó a secarse la fuente de agua que abastecía a la misión. En 1778 pudo encontrarse un mejor sitio para este pueblo misional.⁵⁴

Le correspondería a fray José Lorient erigir la quinta misión dominica, nombrada Santo Tomás, el 24 de abril de 1791.⁵⁵ En este establecimiento el problema no fue el agua, sino que había demasiada por haberse establecido el poblado cerca de pantanos que formaban estanques de agua sucia, en donde la abundancia de mosquitos era incómoda para los habitantes de ese lugar. Al tener noticia de esto, el virrey conde de Revillagigedo mandó que se cambiara la misión a un sitio mejor,⁵⁶ razón por la cual tuvo que ser trasladada a un paraje llamado en lengua indígena *Copaitl Coajocuc*.⁵⁷

Para los años 1800 y 1801 la producción agrícola y ganadera vivió un clima de esplendor. Es importante señalar que no solo estas actividades económicas fungieron como las únicas fuentes de ingreso para la misión, ya que también los recursos marinos fueron de vital importancia, sobre todo la pesca de mariscos y la cacería de nutrias, como lo fue para el caso de la misión de Santo Tomás.⁵⁸ Esta última actividad económica fue muy importante para la economía misional. La venta de pieles a la tripulación de barcos extranjeros que fondeaban en las costas de la península se realizaba de manera clandestina.⁵⁹

Las favorables condiciones económicas por el relativo progreso que se había vivido a fines del siglo XVIII fueron factor clave para que se fundaran

53 Meigs, *op. cit.*, p. 70.

54 Barrón, *op. cit.*, p. 192.

55 Oce, *op. cit.*, p. 242.

56 León Portilla, *op. cit.*, p. 239.

57 *Ibid.*, p. 238.

58 *Ibid.*, p. 240.

59 Ponce, *op. cit.*, p. 195.

más misiones. El 27 de abril de 1794 el fraile dominico Cayetano Pallas fundó la misión de San Pedro Mártir de Verona, en un lugar llamado por los indios *Casilepe*.⁶⁰ Al igual que las misiones anteriores, tuvo que trasladarse muy pronto a otro lugar más conveniente. El cambio se debió no solo al extremo frío que envolvía el lugar, sino también por la hostilidad de los nativos que con frecuencia hurtaban y atacaban la misión.⁶¹ El nuevo sitio al que se trasladó era conocido en lengua indígena con el vocablo de *Ajantequedo*. La producción agrícola hubo de verse limitada en esta jurisdicción misional, pero la ganadería se desarrolló considerablemente.⁶²

El 12 de noviembre de 1797, fray José Lorient fundó la misión de Santa Catalina Virgen y Mártir, gracias a las exploraciones del sargento Manuel Ruiz y fray Tomás Valderallo. El lugar se conocía en lengua indígena con el nombre de *Jactobjol*.⁶³ También en esta misión los dominicos construyeron sus canales de riego, los cuales les permitieron lograr muy buena producción agrícola, pero, por encima de ésta, siempre estuvo la ganadería. Esta misión fue víctima de los ataques de las tribus indígenas del lugar, entre ellos los grupos yumanos de lengua kiliwa y otras provenientes del río Colorado, los cuales acabaron destruyéndola en 1840.⁶⁴ Gracias a un paraje descubierto por el alférez Ildefonso Bernal en 1795, a unos 25 kilómetros al suroeste de la misión de San Miguel Arcángel se levantó la última misión que construyeron los dominicos, esto en un lugar llamado por los nativos *Oja Cunurr* o piedra pintada, la fundación la hizo el fraile Félix Caballero en junio de 1834, bautizándola con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte.

Esta fundación fue posible a pesar de que en el año de 1833 se había publicado el decreto para la secularización de todas las misiones del territorio mexicano.⁶⁵

Estando los dominicos a cargo de las misiones bajacalifornianas, se dio el largo proceso final de decadencia de estas instituciones, principalmente

⁶⁰ *Ibid.*, p. 246.

⁶¹ *Idem.*

⁶² León Portilla, *op. cit.*, p. 239.

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ Ponce, *op. cit.*, p. 246.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 240.

porque los indios, que eran su razón de ser, estaban desapareciendo rápidamente, con fatales consecuencias para la capacidad de autosostenimiento de dichos centros de población. Durante la primera mitad del siglo XIX, una a una fueron siendo secularizadas y sus tierras concedidas a colonos civiles. La última misión peninsular en ser convertida en pueblo de parroquia fue la de Todos Santos, a mediados de dicho siglo.